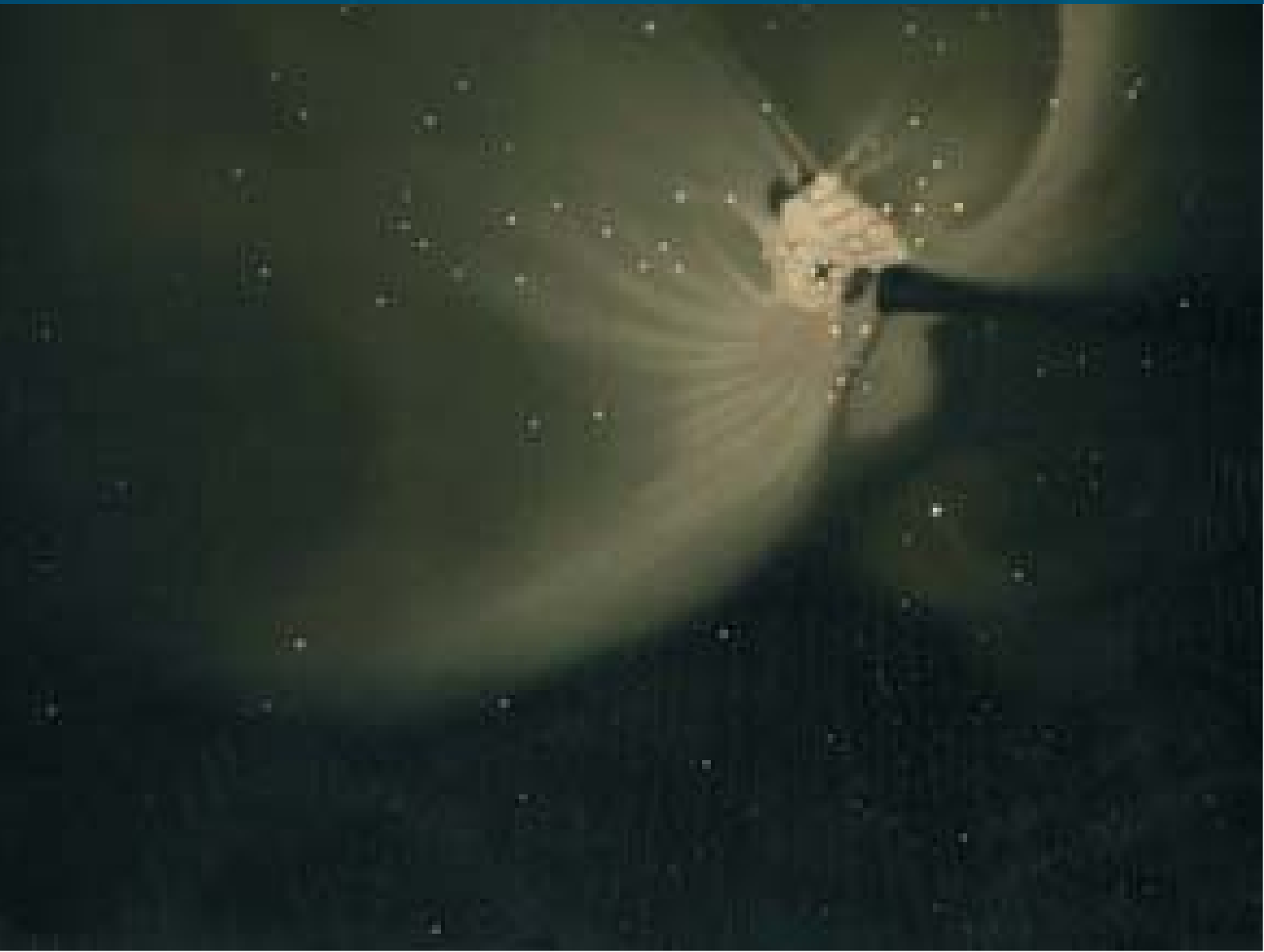


Mi abuelo no es un marciano

Guillermo Zapata Romero



Mi abuelo no es un marciano

Nombre: Astrid Baciero Mayer Abioye.

Edad: 15

Tema: Persona que admiras que ya no está

Mi abuelo, Agustín Baciero

Mi familia es amplia. Tengo dos madres y un padre que, gracias a las últimas reformas legales, ya se pueden considerar una familia de tres. Por eso ahora tengo, oficialmente, tres abuelas y tres abuelos. Me hace mucha ilusión porque antes había una abuela y un abuelo que eran mis abuelos pero no era oficial. Es un avance, yo creo.

Bueno, en realidad tengo tres abuelas y un abuelo. Mi “abuelo azul” murió hace mucho y no le llegué a conocer personalmente. Y mi abuelo Agustín se murió hace un mes.

Antes cuando se morían las personas no se hablaba en el colegio de eso. Era personal y las cosas personales no se hablaban. Y entonces las niñas y los niños y les niñas no entendían lo que pasaba y tenían miedo a morir. El miedo a morir, dice mi abuelo, es algo natural pero también egoísta. Es el miedo a no estar y el miedo a que el mundo no esté para ti. Ahora se habla en los colegios de la gente que muere para que sigan estando y para que entendamos que la muerte está ahí, no es un secreto, ni un misterio, sino el final de la vida.

Mis madres y mi padre no hablaban de la muerte en el colegio y yo sí. Y eso creo que es bueno. Porque así mis amigos entienden las cosas y yo entiendo las suyas, pero no hace que eche menos de menos a mi abuelo (aquí menos por menos no es más, como en las matemática) y que me dé pena que se haya muerto. Tengo grabaciones suyas (de muchas horas) pero no me coge de la mano, ni me hace bocado de “garbanzo untado” (mi padre dice que es hummus, pero mi abuelo lo llama “garbanzo untado” y a mí me gusta más así).

Descripción de mi abuelo

Es muy alto, como dos metros o más. Tiene la cabeza rapada por los lados como mi madre Úrsula, pero además tiene una cresta pequeña. Antes tenía la cresta de color rosa, pero cuando yo nací ya era blanca. Mi abuelo tiene tres tatuajes. Uno en la cabeza, que es un círculo con un símbolo que es el de su sindicato. Que es uno que ya no existe, pero que era el sindicato marciano. En el lado de arriba del brazo tiene otro tatuaje que es el sendero de un río porque “el agua derrota al fuego” y tiene también en todo el hombro izquierdo un árbol tatuado que tampoco

existe ya, que no me acuerdo como se llama, pero que era algo así como “Pinsapo”. Es un árbol súper bonito que vivía en el Sur, pero ahora ya sólo está en museos del clima. Ese tatuaje, por lo visto, era bastante famoso y bastante común cuando mi abuelo era joven. Lo tiene él y mi abuela Rosa y todos sus amigos también. Y animales que ya no existen, como el koala, que se quemaron casi todos y ahora viven en laboratorios para que vuelvan a estar vivos.

Mi abuelo es muy fuerte porque trabajaba con los brazos, haciendo construcciones y vehículos. Estuvo trabajando en el muro del Sur. Pero eso lo cuento luego.

Va (bueno, iba, no sé, no me gusta poner “iba”) siempre muy bien afeitado y cuida mucho su ropa porque dice que es importante ir limpio porque hay gente que siempre te trata como si fueras sucio.

Y también tiene una cicatriz encima del ojo porque una vez le dieron un golpe. Eso también lo cuento luego.

La vida de mi abuelo

El Sindicato marciano

Mi abuelo es importante porque gracias a él seguimos viviendo en la tierra. Que no es “gracias a él” en plan que lo hizo todo él, porque eso es imposible. Mi abuelo hizo cosas con más gente cuando tenía la edad de mis madres y mi padre, y por eso no somos marcianos.

Mi abuelo me llevaba al colegio y me contaba cuentos y me podía quedar en su casa a dormir y me enseñó a cocinar. Pero lo que quiero contar en la clase son las otras cosas.

Por ejemplo, que mi abuelo fue de las primeras personas que se negaron a construir coches porque matan personas y a la tierra. Esa fue de las primeras cosas que hizo. Porque, entonces, cada persona tenía una máquina de esas que envenenaba el aire y mataba a otras personas. Moría por su culpa mucha gente al año. Y era porque todo el mundo estaba muy agobiado. A nadie le gustaba, en realidad, o a casi nadie, porque además era súper caro, pero lo necesitaban para llegar a los sitios. El Parque del Mediterráneo era antes una carretera gigante, de seis pistas, para que pasaran los coches. Y mi abuelo fue de los primeros que dijo que no. Con sus amigos. Que no iban a hacer más eso. Y les dijeron que si lo hacían se cerraba la fábrica y dijeron que eso tampoco. Que querían construir cosas que fueran buenas para todo el mundo, como autobuses, y vagones de tren y máquinas modernas para hacer vivir la tierra.

Pero no querían usar la fábrica para eso y les dijeron que se la iban a llevar a otro país, y mi abuelo dijo que no, pero le echaron. Además, entonces, si no tenías el trabajo no tenías nada, aunque había cada vez menos. Eso lo dimos en clase el año pasado, que no había trabajo más que de cosas idiotas (bueno, en clase decíamos “superfluas”, que es un eufemismo). Porque no era como ahora que había robots, sino que era más barato usar personas que usar robots.

Eso la verdad es que no lo sé por mi abuelo, sino por la abuela de mi madre Beatriz, que se llama Emilia y trabajaba programando robots. Al principio no trabajaba de eso, porque era más barato que ella fuera cajera pero, luego, como se podía vivir más o menos bien aunque no tuvieras trabajo, pues ya hicieron los robots para que hicieran lo que la gente no quería hacer y ya no se les podía obligar que hicieran. Y a mi abuela la contrataron de programadora de robots.

Lo de la fábrica fue la última vez que perdió una batalla mi abuelo. Lo decía siempre así, muy serio: “Esa fue la última vez que perdimos”. Y, además, aunque les echaron y siguieron haciendo coches, la fabrica la cerraron tiempo después porque era muy cara e hicieron eso de llevarse-la a otro sitio. No sé si a Marte. No creo.

Entonces, “los gobiernos de carbón” dijeron que la tierra se estaba calentando mucho y que había que hacer cosas para solucionarlo y que iban a hacer unos cohetes y los iban a llevar a Marte y ahí hacer colonias humanas para experimentar y sacar agua y traerla a la Tierra. Y que, mientras, había que prepararse para los incendios y las tormentas y el hambre, porque había zonas de la Tierra que no iban a sobrevivir y que eso iba a pasar sí o sí. Así que había que prepararse.

Pero mi abuelo dijo que no otra vez, e hizo con más amigos lo del “sindicato marciano”, que tenía un póster en su casa enmarcado súper bonito con dibujos que decía: “No somos marcianos”, que quería decir que querían vivir en la Tierra porque era posible y porque es nuestra casa. Y les decían que estaban en contra del progreso. Y ellos decían que no, que querían el “progreso cercano” (lo ponía en el póster) no el lejano. El “progreso de los más”, no de los menos. Y que siempre había sido así, que el progreso era cuando los más podían vivir más y mejor. No cuando los más morían y los menos se iban a Marte en cohete que, encima, decía mi abuelo, era mentira y no funcionaban. Que se iban a unas islas o a zonas más fresquitas a vivir y llamaban Marte a eso. Pero bueno, eso yo no lo sé con seguridad, la verdad.

Y lo decían en plan broma, que no eran marcianos, porque mi abuelo decía que si hubiera marcianos de verdad en Marte serían amigos suyos. Pero que nunca los gobiernos del carbón y las industrias del carbón habían ido a crear vida, sino a acabar con ella. Y se ponían las crestas como los indios antiguos porque eran Apaches, decía mi abuelo. A los Apaches los mataron los gobiernos del vapor. Pero de eso sí que hace mucho mucho tiempo y en clase no lo damos, creo. Al menos aún no.

La Batalla del Cinturón de Orión

Por todo lo que estaba pasando con el dinero para ir a Marte, que no llegaba donde tenía que llegar y no servía para enfriar la Tierra, el sindicato marciano quería protestar, querían hacer huelga (igual que cuando trabajaban en la fábrica) pero ya no podían, porque se había llevado las fábricas a otros sitios. Así que hubo que inventarse algo. Y lo que hicieron fue acampar alrededor de la ciudad. Aquí y en muchos sitios. Y fue una súper batalla porque si las cosas que hay en las ciudades no se mueven, se pierde el dinero (esto no lo entiendo muy bien, pero se ve que así era, que las cosas se tienen que mover).

Entonces rodearon la ciudad y lo llamaron “El Cinturón de Orión”. ¡Y hay incluso un libro que tiene mi madre Beatriz, que se llama “La batalla de Orión y otras historias del musgo”, que tiene una foto y en la foto se ve a mi abuelo de joven y se le ve con su cresta rosa, porque se dividieron por colores y a quienes estaban vigilando en los accesos del Sur y iban de rosa. Y en ese libro se cuenta que justo ahí, en los accesos Sur, fue lo más duro, porque los “gobiernos fósiles” no querían que triunfara la batalla de Orión. Y mandaron a la policía a pegar a la gente, porque entonces tenían armas, claro. Ahora nadie se lo cree cuando lo cuento, pero es que pegaban muchísimo. La cicatriz de mi abuelo era de un golpe en ese campamento. Les llamaban “Petros”, porque iban de negro color petróleo.

Pero ganaron, porque como os digo mi abuelo no volvió a perder ninguna batalla desde aquella de la fábrica. Ahí el “sindicato marciano” ya era el más importante del país y algunas cosas empezaron a cambiar, en algunos lugares aparecieron “gobiernos de musgo”. Se les llamaba así porque cuidaban del agua y del verde de la tierra. Y había como... Una especie de alianza entre los sindicatos marcianos y los gobiernos del musgo. Mi abuelo lo llamaba “una tregua” por lo que vino después, pero entonces no sólo no le pareció una tregua, sino que estaba contento. En esos años se casó, tuvo a su hija (mi madre Úrsula) y se dedicó a trabajar construyendo los muros de contención del litoral Sur por la subida del nivel del mar.

La Gente del Calor y el abuelo Azul

Aquí empieza una historia de mi abuelo que es curiosa porque empieza muy lejos para acabar muy cerca. Mi abuelo tardó mucho en entender esta historia y fue una historia extraña para nuestra familia, pero mi padre me pide siempre que la cuente porque le parece importante y tiene que ver con los gobiernos del musgo, el calor de la tierra y el amor.

Los lugares cálidos de la tierra se estaban haciendo invivibles. La sequía estaba matando a cientos de miles de personas (había puesto decenas de miles, porque me parecía que eso era mucho, pero creo que era muchas más, quizás eran millones). Los gobiernos del musgo dedicaban todos sus esfuerzos a enfriar la parte del planeta que le tocaba a cada uno. Al menos, eso creo. Y había sitios que iban muy rápido y otros más despacio, pero ese era el plan. Sólo que la gente que vivía en los lugares más cálidos de la tierra ya no podía vivir allí, así que se movió hacia el Norte. Se fueron, como la humanidad ha hecho siempre que lo hemos necesitado.

“Un terrícola es un ave sedentaria”, decía mi abuelo cuando ya era mayor mayor. Cuando, me decía, “ya lo había entendido casi todo” (decía siempre “casi todo” porque nunca se entiende todo por completo).

Los humanos nos quedamos en sitios y fundamos hogares y pasamos en ellos tanto tiempo que nos olvidamos que llegamos a ellos, que no estuvimos siempre ahí, y a veces pasan cosas que nos hacen movernos y vamos a los lugares que otros humanos llaman hogar y si esos humanos recuerdan que además de ser semillas, son pájaros, abren la puerta. Pero si piensan que son sólo semillas, las cierran.

Y eso es lo que pasó aquí. La gente del calor empezó a venir y la gente del musgo estaba cómoda en sus ciudades verdes y empezaron a decir que no, que esa gente debía resolver sus propios problemas y debía quedarse lejos. Empezaron a despreciar a la gente del calor. Y, de pronto, los muros que se habían construido para evitar que llegara el agua se usaron para evitar que llegaran las personas. Y eso estuvo a punto de acabar con todo lo que se había conseguido hasta ese momento. Los viejos gobiernos fósiles siempre pueden ponerse disfraces nuevos. Así que los gobiernos del musgo ya no tenían tanta fuerza, porque el problema no era el calor de la tierra, sino la gente del calor.

Entre esa gente del calor está mi padre y estoy yo, que soy mestiza, parte musgo, parte calor, parte océano.

Yo tenía dos abuelos y tres abuelas porque mi tercer abuelo se ahogó en el mar intentando llegar aquí con su mujer y mi padre. Lo hizo en el “tercer vuelo climático” junto a otros miles de seres humanos del calor. Muy pocos consiguieron llegar al final. Mi abuela y mi padre lo hicieron.

Mi abuelo Agustín tomó la costumbre de contarme historias de ese abuelo ahogado, al que llamamos el “abuelo azul”, porque había cogido el color del mar. En esas historias, mi abuelo azul hacía magia y encantaba los lugares para devolverles la vida.

Pero eso fue ya de mayor, porque cuando yo no había nacido, cuando mi madre Úrsula conoció a mi madre Beatriz y a mi padre Malick, mi abuelo no pensaba así. Mis tres mayores se hicieron novies juntos y mi abuelo no lo veía bien. No porque fueran tres, que eso ya ves, sino porque mi padre era un hijo del calor y mi abuelo entonces estaba asustado con todo lo que estaba pasando y creía que la gente del calor había sido irresponsable, y que sus gobiernos del musgo les habían traicionado y ellos se habían dejado hacer. Mi abuelo decía que si él había luchado, por qué los otros no iban a luchar. Y mi madre Úrsula y él tuvieron una pelea muy fuerte y dejaron de hablarse. Porque en ese momento la gente del calor estaba pidiendo sus derechos, porque les detenían, les devolvían al calor y les pagaban menos por hacer las mismas cosas que a la gente del musgo.

Cuando me cuentan esta historia a mi me gustaría que hubiera una cosa concreta, que me dijeran algo que pasó gracias a la cual mi abuelo ya entendió (casi) todo. Pero las cosas no suceden así. No hay nunca “una” cosa. La gente del calor no cuenta sus historias como un hilo, sino que las dispersan, como la arena de los desiertos. No son líneas, sino superficies con puntos que se tocan y vibran y se cantan porque se escuchan entre sí. Y es la música que suma entre los distintos puntos una melodía, la que hace que las cosas cambien. Mi abuelo aprendió a escuchar esa canción, por ejemplo, cuando mi madre volvió a hablarle, unos años después y, al volver a verse, se reconocieron más. Cuando conoció la historia de mi abuelo azul. Cuando entendió que moverse era pelear, también. Igual que él, cuando tuvo que inventarse una batalla imposible porque ya no tenía ese sitio dónde sabía pelear, que era la fábrica en la que trabajaba de joven. Y mi padre, que tiene mucha paciencia, quería sentarse con él y contarle la vida de sus mayores, porque sabía que mi abuelo iba a entender lo que había sucedido en su tierra. E iba a entender que lo único que pasaba era que no conocía la historia y no podía verla. Pero también fue que,

cuando esas peleas por los derechos de la gente del calor empezaron, muchos empezaron a vivir aquí, a mezclarse y, de pronto, mi abuelo ya no era joven y fuerte, sino mayor y asustado. Y quiso pelear contra su miedo a ser mayor y encontró en la gente del calor una novedad que le permitía repensar su vida, leerla de otra manera.

Mi padre dice que el abuelo y él se hicieron amigos y que la vida es ser capaz de ir haciendo amigos. Hoy, mi padre, que nunca tuvo un sindicato marciano, llora la muerte de mi abuelo mientras trabaja para devolver los nutrientes al agua de la tierra del calor y que vuelva la vida.

Por eso cuento esta parte de la historia de mi abuelo, que es la penúltima, porque también hace falta contar a los demás para contar a mi abuelo, porque decía que él era en otros. Por ejemplo, en sus amigos del sindicato marciano, o en la pelea de mis madres por estar juntas y ser tres que son una...

El tiempo denso

La vida es muy rara y el tiempo existe según se mide. Cuando mi abuelo tenía sesenta y cuatro años se encontró con que había vivido tiempos veloces, que habían hecho su vida veloz y que su historia se agotaba, mientras que su cuerpo físico aún tenía muchos años que vivir. Esa tensión entre la vida como historia y la vida como biología se le hizo muy dura y se puso triste. No quería morir, pero no sabía vivir en un mundo que había vencido la batalla contra el tiempo acelerado, la velocidad constante, no sé. Son cosas que me cuestan porque yo nací ya en otro momento, pero entiendo, supongo, que es como todas las cosas cuando pasan de un estado a otro, cómo lo que estudiamos en física y química... La fricción, por ejemplo. Creo que mi abuelo estaba en un fricción temporal. No sé si eso existe, pero bueno, si se entiende mejor aunque no exista se puede decir.

Justo cuando mi abuelo se sentía así yo acababa de nacer y me gustaría decirles que cuidarme a mí fue suficiente para mi abuelo, pero sería mentira. A nadie le gusta hacer sólo una cosa. Así que en la tercera parte de su vida, mi abuelo empezó a hacer lo que no había hecho en las partes anteriores. Empezó a estudiar, a aprender, a viajar por el mundo, a entender. A veces con mi abuela, a veces con amigos, a veces solo. Y se buscó nuevos proyectos, más pequeños, inspirados por la magia de mi abuelo azul. Se decidió a encantar lugares y se hizo, decía, tecnomago. ¿Por qué hizo eso mi abuelo? No lo sé, pero tengo la sospecha de que le daba rabia que en su lucha contra los cohetes marcianos se hubiera perdido la posibilidad de usar la tecnología de otra manera porque terminó por odiarla y separarla de su vida.

Que yo sepa, no hay más tecnomagos que mi abuelo, quizás alguno más que yo no conozco. El caso es que lo cuento aquí porque creo que debería haber más. Mi abuelo decía que si habíamos sido capaces de luchar contra el tiempo veloz era para conseguir un tiempo propio que nos permitiera hacer magia. La magia, decía, es una chispa que encanta el mundo. Encantar es devolver a la vida cosas que estaban muerta. Un tecnomago usa la tecnología para devolver vida a cosas muertas. Así que, por ejemplo, se juntó con vecinos de su bloque de casas e hicieron un sistema para regar las fachadas del edificio dependiendo de la temperatura. Y en el barrio

había un antiguo edificio municipal que estaba cerrado porque con el desarrollo tecnológico ya no era necesario estar allí físicamente, y decidieron encantarlos de nuevo. Ahora es el “taller de tecnomagia ciudadana”. Visítadlo si podéis, porque es muy chulo.

De hecho, ahora que lo pienso, igual sí que hay más tecnomagos.

De los 64 años a los 82 mi abuelo hizo muchas cosas que no saldrán en ningún libro, pero que fueron como pequeños riachuelos que ahora han cogido caudal. Le gustaba mucho pasear por las calles de su barrio e imaginarse cosas que no estaban allí, pero que podrían estar. Incluso, decía, quería experimentar con biotecnología. Le encantaba la idea de poder crear organismos vivos para, por ejemplo, defender mejor a las plantas o ayudar a que especie extintas vuelvan y cosas así. Parece que este es un asunto que tiene mucho debate, porque hay quien dice que no se debe crear vida así y que no debemos experimentar con esas cosas, porque es como imponernos a la naturaleza. Yo, la verdad, no lo tengo claro.

Tecnobiomagos es una palabra que no existe. Aún.

La muerte de mi abuelo

Mi abuelo se murió porque su cerebro se inundó de estímulos eléctricos que le pararon el corazón. Estaba enfermo desde hacía dos años con esas pequeñas tormentas cerebrales, como cortocircuitos. A veces me llamaba por el nombre de mi madre, o se quedaba parado en medio del salón y le daba la risa o lloraba sin saber por qué. Sus emociones estaban descolocadas, igual que su memoria. Una noche se despertó gritando porque creía que estaba en el cinturón de Orión otra vez y que les atacaban con gases y con chorros de agua a presión y con bolas que te sacaban un ojo si te daban en la cara o incluso te mataban.

A veces decía que olía un color.

Ahora mi abuelo ya no está. Lo incineramos hace un mes y esparcimos sus cenizas desde la azotea de su casa. A su funeral vino muchísima gente. De verdad. Yo estaba superada y también tenía ganas de que se fueran porque, no sé, quería estar sola con mis emociones. Pero creo que toda esa gente, también muy mayor, eran como una fotografía, o un mapa de las cuerdas de la vida de mi abuelo. Gente de la que no tengo idea, que no conozco qué ha sido de ellos, pero que tendrán hijas y nietos y habrán hecho también sus cosas, quizás no muy distintas a la de mi abuelo, pero también un poco particulares, un poco suyas.

Todas aquellas personas que fueron al funeral no eran recuerdos, no vinieron a un homenaje. Mi abuelo no era un líder, ni nadie importante. Era uno más. Y eso quiere decir que estaban ahí porque los hilos que les unían eran intensos aún. Y ya digo que en ese momento quería que se marcharan, pero ahora, unas semanas después, me hace ilusión.

Hay tantas cosas que me enseñó mi abuelo que no me caben aquí y seguro que en clase todo el mundo tiene alguien que le enseñó cosas. No importa no contarlas, porque son mías. Pero sí es

importante contar la historia de sus victorias y sus derrotas y sus miedos y sus errores y cómo se imaginó la vida una y otra vez, porque eso lo necesitamos, ¿no?

Precisamente ahora, cuando Marte vuelve a ser la esperanza de los menos para huir de aquí y llevarse lo que es de los más.

Como si la muerte de mi abuelo fuera un nuevo punto de partida, como si en realidad el tecnomago hubiera estado vigilando desde el huerto de la azotea de su bloque para que no saliera ni un cohete más hacia Marte, y ahora empezaran otra vez con esa idea. Como si los terrícolas muriéramos también con la muerte de mi abuelo.

Ya, ya sé que no es así, pero intentar entender lo que digo. Mi abuelo se muere y con su muerte muere su mundo, también. Que es el mundo de nuestros mayores. Ese mundo son nuestras semillas y como ahora estoy triste y le echo de menos me gustaría quedarme así, semilla perdida, y cerrar mis puertas y estar con mi abuelo. Eso es lo que quiero ahora. Pero también soy pájaro y océano, porque soy terrícola. Soy hija de los viajes de mis antiguos y de las casas que construyeron. Y aquí, hoy, ese mundo que se agota para mi abuelo, deja su semilla en los terrenos encantados, en los restos de los gobiernos del musgo, en las historias, los derechos, los carteles, las batallas.

Lo que querría no olvidar es que siempre hay nuevos Martes. Siempre hay nuevos lugares donde los menos quieren llevarnos a los mas. Y supongo que si quiero aprender algo de mi abuelo eso significa asumir que su mundo terrícola no es perfecto y no está terminado.

Traicionar un poco las victorias de mi abuelo para hacer lo que mi abuelo me enseñó a hacer.

Y untar garbanzo en pan, recordándole. Eso también voy a hacerlo.

Texto: Guillermo Zapata Romero

Diseño y maquetación: Ana Méndez de Andrés Aldama

Licencia: Creative Commons Atribución – No Comercial – Compartir Igual

Imagen de portada: Étienne Léopold Trouvelot (1882), *The great nebula in Orion: From a study made in the years 1875-76*. Imagen del atlas astronómico editado por C. Scribner's Sons en Nueva York. Imagen de la New York Public Library vía The Public Domain Review, dominio público.

Tipo de letra: *Fanwood Text* y *Chunk*, The League of Moveable Type, licencia Open Font.